

V

PRESENCIA DE ÁNIMO

Mientras la mayor parte de las facultades se desarrollan con la educación, hay algunas universalmente reconocidas como innatas y apenas susceptibles de cambio. Se incluye entre estas últimas la «presencia de ánimo.» Sin embargo, esta cualidad puede hacerse mayor, aun siendo grande naturalmente, mediante disciplinas adecuadas, y aumentarse, si es escasa.

Una generación há, la autobiografía de un prestidigitador que debió ser muy conocido—quizás fuese Houdin—contenía un pasaje sumamente instructivo, que ví citado en una revista. Era el caso que algunas veces el autobiógrafo y su hijo, paseando por las calles, rivalizaban entre sí, nombrando los múltiples objetos que al paso veían en los escaparates, ejercicio que de propósito practicaban para abarcar muchas cosas de una ojeada. Necesitaba evidentemente poseer en alto grado esta habilidad el hombre que tenía que ilusionar al público con sus sorprendentes juegos de manos. ¿No es posible aumentar la facultad de observación pronta y completa en los niños mediante estratagemas parecidas á tales juegos? Supongamos una pizarra, delante de la cual puede correrse con rapidez variable una pantalla en que hay una abertura á cuyo través son visibles por un

momento, cuando coinciden con ella, los signos trazados en el tablero. El maestro puede empezar señalando en la pizarra tres grandes puntos, colocados irregularmente, dando mientras tanto la espalda á la clase para que no se vean. Después, habiendo ocultado los puntos con la parte opaca de la pantalla, hace mover ésta, previo aviso á los alumnos, de modo que aquéllos sean perceptibles por dos ó tres segundos: los discípulos deben marcarlos en sus pizarras, con tanta exactitud como puedan, en su posición relativa: las comparaciones mostrarán en seguida quién se ha acercado más al original. Cabe naturalmente aumentar el número de puntos, poniendo cuatro, cinco, seis, y variar sus posiciones relativas. Terminados los ejercicios con los puntos, se harán otros con tres líneas, cuyo número se aumentará después, trazándolas siempre desemejantes en longitud, dirección y posición relativa. De aquí se pasará á las figuras, es decir, al triángulo y al círculo, combinados con la línea recta y colocados en distintas posiciones entre sí, presentándose en seguida dibujos más complicados. La exposición será más breve á medida que vaya acreciéndose el poder de rápida percepción. Más útiles aún, por interesar más, son los ejercicios inherentes á algunos juegos familiares á que se dedican, ya los niños, ya los jóvenes. Hay juegos de cartas en que el éxito depende de la prontitud con que se ve el sitio oportuno para la colocación de un naípe, estando todos los ojos fijos en cada jugador para sorprender instantáneamente cualquier error en la colocación. Claro es que mientras tales lecciones y juegos aumentan el poder de observación de todos, dejan entre ellos las mayores diferencias, derivadas del límite fisiológico que

implica la llamada «ecuación personal» por los astrónomos y otros hombres de ciencia. Entre el momento de ver una cosa y el trazado del signo ó señal correspondiente, media un intervalo mayor ó menor según los individuos, debido á variar la rapidez de la descarga nerviosa. Este es el elemento que gobierna el número de cosas observables á la vez. A la ventaja conseguida, ganando en facilidad para percibir, debe agregarse la más general que se obtiene por acrecerse la intensidad de la atención. En la posibilidad de concentrar ésta sobre algo que hay presente, estriban éxitos de muchas clases.

Suponiendo ya que la presencia de ánimo puede hacerse mayor por la capacidad para ver de golpe todas las circunstancias del caso, falta aún reforzar el factor, igualmente importante, denominado «fertilidad de recursos.» En este punto poco cabe hacer. Quizás, sin embargo, mediante preguntas dirigidas á propósito de un desastre imaginario, que deban ser contestadas en cinco segundos, por ejemplo, sea posible proporcionar ejercicio adecuado á algunas facultades del entendimiento que, de ordinario, están inactivas. A una señora se le ha prendido fuego el vestido: ¿qué harían ustedes?—«Correr por agua,» saltará uno.—«Ir á buscar una manta para envolverla en ella,» dirá otro.—«Arrancar la cortina de la ventana, si es de lana, y cubrirla con ella,» exclamará un tercero.—Y tal vez alguno conteste: «Tirlarla al suelo y echarle encima el felpudo de la chimenea.»—Otra vez puede preguntarse: «Supongamos que van ustedes en un coche, cuyo caballo desbocado no puede contener el conductor: ¿qué harían?»—«Dar un salto,» dirá éste.—«Si el camino no está

lleno de vehículos, dejar que el caballo galope hasta que se canse,» opinará aquél.—«Echarme en el fondo del carruaje,» quizás responda esotro.—Imaginad otro día que se trata de salvar á un hombre que se está ahogando: «¿qué hacer?» preguntáis.—«Darle una mano y nadar con el brazo libre,» exclamará A.—«Cogerle por los cabezones y valerse del otro brazo para nadar,» dirá B.—«Ponerse detrás para evitar que le agarre á uno y empujarle hacia adelante al mismo tiempo que se nada,» propondrá C.—En cada caso, la conversación subsiguiente se dirigirá á poner de manifiesto qué medios son malos, cuáles buenos y cuál el mejor. Naturalmente, los incidentes de la vida plantean numerosos problemas semejantes, y la capacidad para apreciar de pronto la conducta que debe seguirse, puede ser aumentada en cierta medida. La repetición de ejercicios como los citados—es otra ventaja de ellos,—atesorará en la memoria los recursos aplicables si sobreviene el accidente real.

Pero si hay un límite constitucional para la adquisición de un poder de observación más rápido, la posibilidad de acrecer la fertilidad de recursos está igualmente supeditada á las condiciones naturales del individuo. El trabajo normal de los organismos animales, sean ó no humanos, exige que á la parte ó partes llamadas á desempeñar una función extraordinaria afluya la sangre de otros órganos. Las arterias de un músculo en reposo, excitado repentinamente á obrar, deben ser provistas inmediatamente del suplemento de sangre necesario, y es preciso que los vasos sanguíneos del estómago estén más cargados después de comer que en las horas de descanso. Ocurre lo mismo con el cerebro. Para co-

municar al pensamiento y sentimiento la viveza y energía indispensables ante un desastre, real ó inminente, hace falta que sea estimulada la circulación cerebral, necesidad que se llena mediante un sistema vascular dotado de la elasticidad debida. Pero aquí surge con frecuencia un fenómeno. Es hecho de todos conocido que á menudo las emociones violentas producen el desmayo. Vemos en esto uno de los muchos arreglos automáticos que defienden al organismo de temibles daños. En las emociones violentas, en efecto, ciertas partes del cerebro son de golpe invadidas de gran cantidad de sangre, de donde se origina la posibilidad de que alguna pequeña arteria, demasiado hinchada, ceda á la presión, desgracia siempre grave y á menudo de resultados funestos. En tales condiciones, entra en juego, bajo el influjo del nervio vago, la acción reguladora del corazón; cesa éste de obrar, y la presión de los vasos sanguíneos, disminuída en seguida, deja de ser peligrosa. Entre el estado mental ordinario que acompaña á la circulación cerebral normal y ese estado extremo en que la acción mental se interrumpe por suspenderse la circulación cerebral, hay una serie infinita de grados, es decir, hay todos los grados que existen entre retardarse el movimiento del corazón y cesar por completo. Pero al disminuirse el poder del corazón, la fuerza mental, en vez de aumentar, decrece más ó menos. Detenida parte de la sangre que el cerebro necesita, las facultades caen en parcial anonadamiento. Las ideas se tornan confusas, y hay algo así como una parálisis temporal de la inteligencia. Sucede esto especialmente á los sujetos nerviosos y á aquéllos que con sus esfuerzos excesivos han debilitado su sistema vascular y los

centros nerviosos. En ellos, la escasa irrigación sanguínea ante un peligro ó catástrofe de índole física ó moral, produce una especie de caos, un desconcierto en los pensamientos y los impulsos, que los perturba del todo y no les permite hacer nada, ó les mueve á hacer precisamente lo contrario de lo que convendría.

La presencia de ánimo, dependiendo, en primer término, de la constitución natural ó modificada por efecto de los desórdenes, es poco susceptible de aumento con la educación. No obstante, algo puede lograrse. Los ejercicios encaminados á acrecer la rapidez de la observación y la fertilidad de recursos, aprovecharán á todos, sin distinción de temperamentos; y cuando los accidentes no sean de naturaleza alarmante, redoblará la presencia de ánimo aun de los nerviosos. Por más que haya de esperarse poco, más vale algo que nada. Recordando que en ocasiones la presencia de ánimo sirve para libranos ó para librar á otros de peligros graves, si no mortales, se comprenderá que las disciplinas ó ejercicios que tiendan á hacerla mayor, aunque sea en corto grado, deben sustituir á muchas lecciones menos útiles que ocupan lugar importante en la educación corriente.

## VI

## LA CORRUPCIÓN DE LA MÚSICA

Los músicos, cantantes y profesores de música, corrompen su arte. He aquí una paradoja que parecerá completamente absurda á muchas personas. Me propongo justificarla.

Sin ir en busca de pruebas á tiempos pasados, cuando frecuentemente una *prima donna* obligaba al compositor á introducir motivos que le permitiesen lucir su agilidad vocal, me limitaré á lo que ocurre hoy en día. Véase, por ejemplo, un extracto de una crítica musical de fecha reciente, en que el autor dice, después de observar que cierta sonata no es buena:

«Explícate con facilidad la atracción que esta pieza ejerce sobre los pianistas de mérito relevante, considerando que presenta dificultades que quieren vencer.»

Y este otro:

«El sistema de canto de mis.... no se sustrae á la crítica; sin embargo, como esta tiple consigue emitir notas de elevación no común, el público se queda tan satisfecho.»

Hamlet, en su discurso á los cómicos, censuraba á aquéllos que «desgarraban los oídos de los espectadores, porque éstos, en su mayoría, sólo se deleitan con pantomimas y gritos incomprensibles.» Cambiando

tiempo, lugar y términos, puede decirse que las tres cuartas partes del auditorio, en las fiestas musicales de nuestros días, están en la misma posición relativa. Apenas aprecian las ideas y sentimientos del compositor ni su exacta interpretación; pero un alarde extraordinario de vocalización ó un ejercicio de gimnástica maravillosa en el violín, provoca una salva de aplausos. Y por desgracia, como la orquesta también aplaude—sólo porque sabe cuán grande es la dificultad vencida,—los oyentes se figuran que aquello es música, y palmean temerosos de ser tachados de falta de gusto. De esta manera, los cantantes y músicos menos atentos á interpretar fielmente las piezas que cantan ó tocan que á mostrar sus facultades de ejecución, vician la música y el gusto del público. Me proporcionaron la prueba directa de este aserto dos señoritas pianistas, las cuales escogían las composiciones que debían tocar en los conciertos, no á causa de su belleza, sino en razón de las facilidades que les daban para desplegar la agilidad de sus dedos: una *tocca'a* llamábase uno de los trozos preferidos. La mayor de las dos señoritas, que era maestra de música, decía que esperaba ¡demostrar á los padres lo que una buena profesora debía ser capaz de tocar en semejante estilo!

Como revelan estas confesiones, el mal radica en la preocupación del ejecutante por su éxito personal, que le hace curarse poco del pensamiento del compositor. El sentimiento que impera no es el amor de la música que se interpreta, sino el deseo de arrancar aplausos por la asombrosa manera de ejecutarla. Para los músicos afamados que atraen numeroso público, esto es casi una necesidad. Há bastantes años, al salir de un

concierto que dió un pianista ruso muy célebre, observé: «Poca música y demasiado Rubinstein.»

No es esto todo. Hay otro mal mucho más difundido, si menos grave. Uno de los caracteres peculiares de la brillante ejecución musical es la rapidez. Un *saltarello* ó una *tarantella* son bastante fáciles si se tocan despació. La habilidad está en tocar tales piezas con sorprendente ligereza, y éste es el consejo que dan los profesores á sus discípulos. La consecuencia es que, acortados gradualmente los tiempos, su duración propia se cambie siempre en el sentido de la aceleración. No se hace esto tan sólo con los trozos de mera ejecución, sino con las composiciones genuinamente musicales. Tan cierto es lo que digo, que, por regla general, cuando oigo tocar el piano á una señorita, tengo que advertirle: «¡no tan de prisa! ¡no tan de prisa!» pues, comunmente, parece haber elegido el compás más á propósito para destruir el sentimiento. Este vicio, en definitiva, es también resultado indirecto de poner su mira los profesionales, no en hacer comprender lo mejor posible las ideas del compositor, sino en sacar partido de ellas para aumentar sus propias ganancias.

## VII

### REFORMA ESPONTÁNEA

En otra parte me he fijado en el hecho siguiente: mientras un mal es muy grande, no atrae, ó atrae apenas la atención; al atenuarse por una causa ú otra, el reconocimiento de su existencia promueve esfuerzos encaminados á combatirlo, y cuando ha decrecido de modo considerable, se aboga por la adopción de enérgicas medidas para extinguirlo: después que los medios naturales han obrado con tanta eficacia, se pide perentoriamente el empleo de medios artificiales.

Uno de los ejemplos que mencionara con tal motivo, es el extraordinario decremento de la embriaguez á partir del siglo XVIII, seguido en tiempos recientes de la ruidosa propaganda emprendida reclamando leyes contra este vicio. Recuerdo la cita, por haber descubierto pruebas fehacientes de lo intemperantes que eran nuestros antecesores. En una de las compilaciones de historias diocesanas existentes en la biblioteca de una quinta, he encontrado algunos extractos del diario de un tal Tomás Turner, mercader en un lugar del condado de Sussex. Según puede colegirse, era hombre religioso y amante de la buena literatura. El compilador dice de él:

«Cuando no bebía el sábado por la noche, iba el do-

mingo á la iglesia. Siempre hallaba algo que criticar en el sermón..... A pesar de sus defectos, no parece haber sido, en lo tocante á intemperancia, mucho peor que la mayor parte de sus vecinos. Si éstos se reunían por razón de negocios ó para entretenerse, acababan generalmente por separarse en completo estado de intoxicación.»

He aquí algunas de las confesiones de M. Turner:

«21 de Abril de 1756.—Fuí al concejo y volví á casa borracho.....»

»25 de Noviembre.—El pastor de Laughton vino á la tienda..... estuvo allí toda la tarde é hizo traer vino, y como yo le acompañase, para complacerle, me puse hecho una cuba. Quince personas, entre las cuales estaban el vicario de la parroquia, M. Porter y su esposa, nos reunimos á las cuatro de la tarde. Terminada la comida..... «el vino circuló sin cesar como si diluviase.» A la tres de la mañana, el vicario trató de ganar su domicilio «sin rodar por el suelo.» Dos horas después trajeron de nuevo á la esposa de M. Porter, que á la mañana siguiente hizo que se reanudase la francachela. El domingo, «M. Porter predicó uno de sus mejores sermones contra la blasfemia.» Pasados algunos días, las mismas personas nos encontramos en casa de M. Porter. «Estuvimos bebiendo como caballos y cantando hasta caer borrachos casi todos.»

Otro extracto muestra la sanción ó aun aprobación social de estos excesos. Con motivo de haber recibido una invitación, el autor del diario escribe:

«Si voy, tendré que beber cuanto quieran so pena de que me tilden de raro y ridículo. Si me quedo en casa, me tacharán de ente ruín, soberbio, descontentadizo.....»

Resuelvo ir..... «Antes de retirarme pude convencerme de que no había ninguna persona sobria en la reunión.»

El autor de otro diario, M. Walter Gane, maestro de escuela, hace análogas confesiones, y nuevos detalles vienen á probar que la desmoralización era general en todas las clases sociales. Esto permite dar crédito á un pasaje contenido en el *Viaje á las Hébridas*, que sin testimonios tan evidentes tendríamos por inverosímil. Helo aquí:

«El Dr. Jonhson observó que bebemos menos que nuestros antepasados, debido á la sustitución del vino por la cerveza. «Recuerdo,» dijo, «la época en que las personas *decentes* de Lichfield se emborrachaban todos los días, sin que por ello se pensase mal de ellas.»

Aunque se juzgue exagerada esta afirmación, debemos concluir que la embriaguez alcanzaba proporciones inconcebibles.

¿Cómo se explica la transformación operada posteriormente? No por la legislación, ni por la represión rigurosa, ni por las medidas coercitivas. El progreso se ha verificado lentamente, acompañado de otras mejoras, por efecto de causas naturales. *La vis medicatrix nature* cumplió su tarea. Pero nuestros agitadores ignoran este hecho y otros muchos concomitantes. No es posible inculcarles la idea del proceso evolutivo resultante de la actividad diaria de los hombres, por más que á cada momento tengan á mano millares de pruebas. Las casas en que viven, sus muebles, ropas, combustibles, alimentos, todo se debe al impulso espontáneo de los particulares, proveyendo mutuamente á la satisfacción de sus necesidades. Los prados y sembrados que atraviesan, cuando viajan, cubren áreas, antes estériles y pan-

tanosas, hoy transformadas por la iniciativa individual. Las carreteras, los tranvías, el tren, el telégrafo, que utilizan, son producto de los esfuerzos simultáneos y sucesivos sugeridos por el deseo de conservarse y prosperar. Los pueblos y ciudades por donde pasan, muestran el aumento que han tenido por obra de la acción privada. Los distritos manufactureros se han formado, sin previo acuerdo, mediante el concurso de individuos que buscaban simplemente rentas con que vivir. La enorme organización que existe para distribuir la riqueza, con sus vastos almacenes y tiendas al por menor que llenan las calles, y sus medios para llevar á todas partes los artículos más variados, no obedece á un plan preconcebido. Los centros de mercado, grandes y pequeños, han llegado á ser lugares de cambios periódicos por el influjo de circunstancias no preparadas, mientras la contratación, en su forma más amplia y elevada, tiene por metrópoli á Londres, en donde de instante en instante puede sentirse la pulsación del mundo. Fruto es de la cooperación espontánea esa inmensa marina mercante, de vela y de vapor, que permite á los hombres recorrer el Globo y traer los productos de todos los países. Y á la fecunda labor de las actividades individuales combinadas, somos deudores de la red de telégrafos submarinos, que ha venido á establecer como una especie de conciencia universal. Ninguna de estas cosas tiene origen gubernamental. Y si se pregunta cómo se ha creado la ciencia que ha presidido á su desenvolvimiento, vemos que tampoco su origen es gubernamental. Y si se indaga de dónde provienen las innumerables invenciones que suponen, hallamos lo mismo. E igual ocurre con la prensa, diaria, semanal, mensual. Y con el gran

torrente de libros que salen á luz de continuo. Y con el arte—música, pintura, escultura—en sus varias manifestaciones. Y con los pasatiempos que nos entretienen en las horas de ocio. Esta vasta organización social, á que todos ayudamos y que hace posible la vida mediante la satisfacción de las necesidades, se ha desenyuelto tan naturalmente como el lenguaje con que nos comunicamos nuestras ideas. La autoridad del Estado no ha producido en ninguna de sus representaciones—Rey ó Consejo—la una ni el otro. En la teoría ridícula de Carlyle del grande Hombre y sus hazañas, se desconoce en absoluto la génesis de las estructuras y funciones sociales á través de los siglos. La obra del gobernante que modifica las acciones de sus contemporáneos se confunde con la evolución del gran cuerpo político mismo, del que aquéllas no son sino accidentes. Es lo mismo que si un niño, viendo por primera vez un árbol que está podando y escamondando un jardinero, pensase que éste era el creador de aquella estructura, ignorando la acción ejercida por el sol, el aire, el agua y el suelo. Las inteligencias poco desarrolladas no son capaces de reconocer los resultados de las causas lentas, silenciosas, invisibles.

La educación y la cultura actuales no hacen nada para disminuir esta incapacidad, sino antes bien tienden á aumentarla. Excepto en lo tocante á las lenguas, las «Humanidades,» á que principalmente se dirige la atención del alumno, tienen un carácter meramente personal. A las empresas tradicionales de los dioses y héroes, á los grandes capitanes y sus conquistas, siguen las obras de los poetas, de los historiadores, de los filósofos. Y cuando al estudio de las edades primitivas sucede el



de las posteriores, nos encontramos con que la llamada historia se compone de biografías de reyes, de la narración de sus conflictos, del relato de las intrigas y querellas de sus vasallos y subordinados. En la conciencia del hombre que ha pasado á través del *curriculum*, que ha prevalecido universalmente hasta fecha muy próxima, no hay lugar para la idea de la causación natural. En vez de ella existe sólo el pensamiento de aquello que no es, en sentido relativo, sino causación artificial, es decir, causación debida á los agentes ordenados y dirigidos, mediante la fuerza, por la voluntad individual. Concíbense claramente pequeños cambios producidos por la influencia del elemento oficial; pero no hay ni remota idea de la vasta transformación que opera el proceso diario, no sujeto á la tutela de la autoridad. Y así la creencia de que la sociedad es una fábrica y no una evolución, vicia por completo el pensamiento político, haciendo presumir, como en el caso que nos ha servido de tema, que únicamente con la coacción pueden lograrse beneficios. ¿Existe algún mal? Debe ser suprimido por la ley. ¿Aparece algo bueno? Venga un acta del Parlamento á regularlo.

## VIII

SENTIMIENTO *VERSUS* INTELECTO

En los primeros días de mi amistad con el Dr. Huxley—creo que fué hacia 1854,—una tarde que fuí á visitarle, se apresuró á decirme: «¡suba usted; voy á enseñarle una cosa que le deleitará, un hecho que se interpone en una gran generalización!» Su expresión irónica era fiel reflejo del convencimiento que tenía de que, siendo yo tan dado á generalizar, iba á quedar confundido. Estaba disecando el cerebro de un puerco marino, y el hecho á que aludía era que el tal cerebro tiene un tamaño relativamente extraordinario, que no parece guardar relación ninguna con las necesidades del animal. ¿Cómo éste, cuya vida es tan simple, posee un órgano capaz de dirigir la de un sér humano? Huxley (no profesor entonces) no sabía qué contestar, ni á mí se me ocurrió en el momento la explicación que creo satisfactoria.

Ha llegado á identificarse universalmente la inteligencia con el alma. En parte por ser evidente que el pensamiento guía nuestras acciones, y en parte porque el lenguaje, que ocupa tanto lugar en nuestra vida, es un vehículo que hace predominar á aquél en nosotros mismos y en los otros, hemos sido inducidos á suponer que el elemento principal del alma es la inteligencia,